

Colette: Perfil humano de una escritora a través de un recuerdo: Bertrand de Jouvenel

POR

MARIA TERESA MUÑOZ ZIELINSKI

Universidad de Murcia

Durante una de mis estancias en París, donde me encontraba recabando datos para la elaboración de mi tesis doctoral sobre Colette, tuve la ocasión de poder conocer a Bertrand de Jouvenel.

Este hombre, importante politólogo y escritor renombrado en el área de la política francesa actual, tuvo en su día una hermosa y estrecha relación con Colette. Su padre, Henri de Jouvenel, era marido de Colette y esto le llevó a conocer a su madrastra en un momento en el que, a instancias de la primera esposa de Jouvenel, el joven Bertrand que entonces contaba 16 años, fue a llevarle un ramo de flores como señal de un mejor entendimiento entre las dos mujeres.

El momento está relatado en un prólogo escrito por Bertrand de Jouvenel y titulado *La vérité de Chéri*, en las ediciones de La Pléiade de las Obras de Colette. En la manera de redactarlo se nota un sentimiento de afecto hacia Colette y está lleno de ternura.

La tarde en la que fui a conocer a este hombre que había estado tan cerca de Colette era ya en el mes de septiembre y una fina lluvia hacía que el otoño se sintiera algo más cercano. En la estancia donde fui recibida el ambiente era acogedor. Por unos instantes tuve la sensación como si el espíritu de Colette formara parte del entorno y quisiera tomar parte en la conversación que minutos después iba a tener lugar. Curiosamente a mi alrededor nada material podía recordarla si exceptuamos una pequeña silla en cuyo respaldo había unas flores bordadas en «petit-point» por Colette en la época en la que, obligada por su artrosis, permanecía sentada o más bien recostada en su «lit raidant». Era lo único que quedaba de ella en este lugar ya que al morir fue precisamente Bertrand de Jouvenel quien donó todas sus pertenencias, inclui-

das obras sin publicar al pueblo que la había visto nacer: Saint-Sauveur en Puisaye.

Frente a mí, sentado en un sillón, estaba Bertrand de Jouvenel. Con 82 años y aquejado de una enfermedad que posiblemente fuera la que le llevaría algunos meses más tarde a la muerte, casi no podía articular palabra. Gracias a su colaboradora madame Malige pude obtener las impresiones de una persona que tan cerca estuvo de Colette.

Los ojos de un azul intenso de Bertrand de Jouvenel, aunque algo apagados por la edad, parecían querer hablar. Quizás en esos momentos su imaginación estaba volviendo atrás reviviendo recuerdos. Hubo momentos de felicidad en los que la relación entre ambos, más íntima que la que se puede establecer entre un hijastro y la madrastra, fue total. Pero también los hubo malos como ocurrió cuando decidieron terminar con esta relación. Ese momento está descrito por Bertrand de Jouvenel en el prólogo anteriormente citado y termina con las siguientes palabras:

«...Elle m'invita à déjeuner et alors que nous se séparions, elle me pria de venir la revoir le soir: et elle me demanda gravement si je voulais reprendre la vie avec elle. Nous convîmes, après une longue discussion de l'impossibilité. Je repartis à l'aube et je n'ai jamais reçu la lettre qu'elle m'écrivit lendemain, lettre que Marcelle Prat, ma fiancée, intercepta et me recita bien plus tard...».

Así pues nadie mejor que él para recordar a Colette. Todo lo que aquella tarde oí de boca de Bertrand de Jouvenel y de madame Malige me ha sido de un gran valor. Desde aquí quiero hacer patente mi agradecimiento a estas personas sin cuya colaboración no hubiera sido posible esta pequeña aportación mía con el deseo de que una vez más el recuerdo de Colette se haga presente en nuestro espíritu.

Pasando ya a mis impresiones quiero empezar por decir que cuando terminé mi entrevista, quizás la última que le hicieron a Bertrand de Jouvenel, me sentí más cerca de Colette de quien Jean Cocteau dijo que

«était capable de ramasser notre pauvre boue humaine et en faire des bulles de savon irisés...»

3 de agosto de 1954... Colette acaba de morir en su apartamento del Palais Royal. Sobre su mesa de trabajo, un manuscrito queda sin terminar. En él se puede leer lo siguiente: «Au lieu d'aborder des îles, je vogue vers le large où ne parvient que le bruit solitaire du coeur, pareil à celui du ressac. Rien ne dépérit, c'est moi qui m'éloigne, rassurons nous».

Un catafalco cubierto de flores con los restos de Colette permanecerá varias horas en los jardines del Palais-Royal para que todos los amantes seguidores de esta mujer puedan rendirle el último homenaje.

Como Oficial de la Legion d'Honneur recibe honores militares. Desde la muerte de la mariscal Lyautey no se le había concedido a ninguna otra mujer esta condecoración. Pero las exequias religiosas le son negadas por el arzobispo católico, cardenal Feltin. Esto tiene repercusiones en todos los ambientes de París y el escritor Graham Green escribirá en el «Figaro Littéraire» un artículo de protesta dirigido a dicho cardenal, que a su vez y a través del «Figaro» del 21 de agosto de 1954 le responde una carta justificando dicha actitud.

Colette es enterrada en el cementerio del Père Lachaise, el cementerio de los intelectuales. Años más tarde los restos de su hija Colette de Jouvenel reposarán a su lado.

Así concluía la vida de Colette... una vida que había comenzado 84 años antes en un pueblecillo llamado Saint-Sauveur en Puisaye. Allí la pequeña Gabrielle Sidonie Colette vivió toda la época de la infancia, rodeada de su familia, de animales y de plantas gozando de una naturaleza que a través de los años añorará cuando por circunstancias de la vida deba abandonar su pueblo y marchar a otros lugares.

La circunstancia del cambio de lugar de residencia se debió a la ruina de la familia producida por la mala gestión administrativa del capitán Colette, padre de Gabrielle y segundo marido de Sido, su madre. Este hombre adoraba a su familia pero como administrador de la fortuna heredada por Sido de su primer marido llevó a la familia a la circunstancia de tener que vender la casa de Saint-Sauveur para ir a vivir a casa de Achille, el hermano preferido de Colette. A partir de ese momento el sentimiento del «paradis perdu» se hace presente en el ánimo de Colette y lo reflejará en sus obras años más tarde. Por otro lado podemos ver en algunas de sus novelas como *La chatte* y *Chambre d'hôtel* que los personajes son malos administradores, quizás esto refleja el concepto que Colette tenía de su padre si bien ante otras circunstancias se muestra condescendiente como sucede en el momento en que a la muerte de éste se descubre que todo aquello que decía haber escrito eran meras hojas en blanco.

Con relación a Sido, la madre, Colette tiene reacciones diversas. Aparentemente el amor de Colette hacia la naturaleza fue transmitido por Sido, pero esto no será reconocido públicamente hasta la publicación de *Sido* en 1923 cuando ya su madre hacía diez años que había muerto.

Por otro lado, de la correspondencia de Sido con Colette únicamente se conservan las cartas de Sido en las que curiosamente jamás aparece el nombre de pila de Colette que es llamada cariñosamente por Sido «mon tou-tou blanc» «Minet chéri». En cuanto al amor a la naturaleza en Sido hay una anécdota que por ser conocida no deja de ser interesante el comentarla: conocido es el prólogo de *La Naissance du Jour* de Colette en el que Sido, dirigiéndose a Henri de Jouvenel, a la sazón marido de Colette, se excusa de no aceptar la invitación que éste le ha hecho para ir a París a ver a su hija. La razón aducida para tal rechazo es la floración de un cactus rosa, hecho que sólo sucede cada cinco años, y esta mujer, ya mayor, teme por su edad no poder ver este fenómeno nunca más.

Esta es la carta pero la misma es falsa. Parece ser que el texto verdadero fue

todo lo contrario. Ante esto podemos pensar en una idealización de la madre de Colette a la cual su hija la tenía ligada a la idea de naturaleza. De esta manera Sido daba la imagen de un ser tan dedicado a la vida de las plantas que declinaba el poder pasar unos días junto a su hija, para permanecer en su casa ante un hecho de la naturaleza.

Por último, en cuanto a la relación de Sido con su hija podemos decir que tras el primer matrimonio de Colette con Willy, la forma de vida, un tanto libertina por parte del nuevo matrimonio, disgustó enormemente a Sido que pensaba que la actitud de Colette como actriz de music-hall podía perjudicar a su hija como escritora. Esto lo censuraba Sido en las cartas que continuamente enviaba a Colette.

Todas las circunstancias de la vida de Colette hasta la muerte de Sido fueron motivo de preocupación para esta mujer a la que Colette no hizo justicia hasta después de su muerte. Incluso el detalle de no asistir al entierro de su madre nos hace ver cómo reaccionó Colette en ese momento, actitud justificada únicamente por el horror que le podía producir el tener tan presente la muerte.

Precisamente Bertrand de Jouvenel fue quien diez años después de morir Sido, animó a Colette a regresar a Sain-Sauveur. A partir de ese momento empieza la época de adoración de la madre.

Para entonces Colette tiene 50 años y empieza a identificarse con Sido partiendo para ello de una descripción de ella misma como si se reflejara en un espejo. La actitud de Colette hacia la madre varía al paso de los años. La experiencia de vida que se tiene a los 50 años no es la misma que cuando se es más joven y quizás fue entonces cuando Colette comprendió a su madre... ya tarde.

En cuanto a la imagen que tenemos de Colette de esposa y madre es un punto de interés que estuve comentando con Bertrand de Jouvenel.

El primer matrimonio de Colette se celebra cuando ésta cuenta 19 años. Su marido Henri Gauthiers-Villars «Willy» tiene 14 años más que ella pero para Gabrielle esta boda es una especie de liberación. No hay que olvidar que esta joven había tenido que ir a vivir a Coligny a casa de su hermano Achille con el que mantenía muy buenas relaciones. Sin embargo con la mujer de éste no era así, de manera que la posibilidad de salir de aquel lugar hizo que aceptara un matrimonio para el cual quizás aún no estaba lo suficientemente preparada.

Así Gabrielle saldrá de su entorno para convertirse en Colette. En París es acogida muy favorablemente en el ambiente intelectual al que Willy pertenecía ya que era un periodista muy conocido. Poco a poco se va introduciendo en este mundo y gracias a su marido Colette conoce a escritores de la talla de Proust, y a músicos como Ravel, el cual pondría la música de una obra de Colette titulada «L'enfant et les sortilèges».

El mundo del teatro le llama la atención y empujada por su marido empieza a actuar en representaciones. Llega un momento en el que empieza a ser criticada en este ambiente pues en alguna obra como puede ser *Rêve*

d'Egipte actúa casi desnuda. Esto no disgusta a su propio marido que incluso la animaría a mantener relaciones con otras mujeres.

Para entonces Willy, ante los relatos que Colette le hace de su niñez en Saint-Sauveur, la anima a escribir una obra larga. Colette había escrito algunos artículos de los titulados «Lettres de L'Ouvreuse» y animada por esta nueva experiencia inicia su carrera de escritora aunque, como se sabe, los primeros escritos irán firmados por Willy, convirtiéndose Colette en otro de los muchos «nègres» que éste tenía y que estaban encargados para ser firmados por Willy.

Enrarecidas las relaciones con Willy tras varias infidelidades por parte de éste, Colette decide separarse de él. En su vida la presencia de este hombre fue de gran importancia ya que la sacó del anonimato y le dio la oportunidad de poder llegar a donde llegó con los años. Si Willy no la hubiera sacado de Saint-Sauveur quizá nadie la habría conocido. Eso siempre tendría que habérselo agradecido a su primer marido.

Por otro lado las relaciones entre Willy y Sido fueron siempre muy cordiales. En la época del matrimonio con Colette, Willy ayudó mucho a Sido e incluso después de la ruptura del matrimonio le envió una foto de su hija en una ampliación que Willy encargó especialmente para Sido.

Tras este primer matrimonio Colette escribe en un periódico, «Le Matin» unos artículos titulados «Les Contes de Mille et une Matins». El redactor jefe de dicho periódico es Henri de Jouvenel. Entre ellos se establecerá una relación que con los años se convertiría en un nuevo matrimonio para Colette. De esta relación nacerá Bel Gazou, la única hija que Colette tendrá y a la que dedicará su obra *La seconde* con la siguiente dedicatoria «A Bel Gazou, la première dans mon coeur».

Aquí habría que señalar la actitud de Colette como madre. Aparentemente, y esto lo corroboró madame Malige en el transcurso de la entrevista, Colette parecía amar más a los animales que a su hija. Durante los primeros años de la vida de Bel Gazou, Colette la celebraba mucho aunque como es sabido su educación y cuidados fueron encomendados a una nodriza inglesa cuyo carácter seco y antipático no agradaba en absoluto a la niña. Por otro lado, a raíz de la separación matrimonial de Colette de Henri de Jouvenel, la pequeña Colette fue enviada a un internado y a partir de entonces las relaciones entre madre e hija se enfriaron mucho. Quizás el enorme parecido de la hija con Jouvenel le recordara a Colette su pasado y debido a esto se alejó de manera voluntaria de la vida de Colette de Jouvenel. Sin embargo fue ésta quien tras la muerte de Colette se ocupó, junto con Goudek, tercer marido de ésta, de recopilar todas las obras de la misma para posteriores ediciones.

Vista ya su relación de madre, dentro del tiempo que duró su matrimonio con Henri de Jouvenel, Colette continuó su carrera de escritora compaginando este trabajo con artículos en el periódico «Le Matin».

Tras el divorcio de Henri de Jouvenel retiene a su lado al hijo de éste, Bertrand. Quizás esta actitud la adopta como venganza ante las infidelidades por

parte de su marido y se establece una relación íntima entre Colette y Bertrand existiendo una edad considerable entre ambos.

Esto es criticado unánimemente por la sociedad de la época pero la pareja haciendo caso omiso a todo comentario continuarán juntos hasta el momento anteriormente citado en el que deciden terminar esta relación. Bertrand de Jouvenel guarda hoy día un hermoso recuerdo de aquella época y me dijo con una voz casi imperceptible «Colette y yo fuimos muy felices. Ella me enseñó a amar la naturaleza y este amor común nos unió aún más...».

En esta naturaleza a la que Bertrand de Jouvenel se refería estaba incluido el amor de Colette hacia animales y plantas, ese amor que la llevó en un momento de su vida, aún casada con Henri de Jouvenel, a aceptar del ministro de Asuntos Exteriores francés Berthelot, una cría de pantera la cual permaneció en casa de los Jouvenel hasta el día en que obligada por su marido tuvo que regalar el animal al Jardín de Plantas de París. Hay que señalar que Colette durante toda su vida tuvo animales domésticos cerca de ella que la acompañaban en los momentos de soledad que esta mujer conoció. Para ella, la presencia de estos seres le daban tranquilidad y paz. Esto lo vemos reflejado en toda la serie de obras dedicadas a animales de sobra conocidas.

Colette, mujer polifacética intentó hacer a lo largo de su vida una serie de cosas ante las cuales podemos comprobar su gran inquietud por conocer campos de acción distintos a sus actividades como escritora. Así podemos comentar su intento, ya casada con su tercer marido, de montar un instituto de belleza en la calle Miromesnil de París. Esto fue un fracaso pues hay que partir de la base que la misma Colette, a la hora de maquillarse no sabía hacerlo. Eso lo podemos ver en infinidad de fotos en las cuales los trazos oscuros sobre los párpados no eran nada favorecedores para Colette. Así esta idea no prosperó aunque hubo un intento por parte de ella.

De la última época de su vida hay que señalar que quizás fue la que más satisfacciones proporcionó a Colette. Es entonces cuando conoce a Maurice Goudekot, «le meilleur ami», su tercer marido. El momento de conocerse lo tenemos en la obra *Près de Colette* del mismo Goudekot. A partir de entonces permanecerán juntos hasta la muerte de Colette. El será su acompañante fiel en esta última etapa de su vida en la que por su artrosis se ve obligada a recluirse.

Es también la época de entablar amistad con ese gran escritor que fue Jean Cocteau y el actor magnífico que aún es hoy día Jean Marais al que tuve la suerte de conocer. Colette en su casa del Palais Royal recibe a sus amigos y con ellos comenta apariciones de nuevas obras. Para entonces ya es la presidenta de la Academia Goncourt y oficial de la Legión de Honor. También en su «currículum» aparece su pertenencia a la Academia de Bruselas de Lengua y Literatura.

En estos años, el pueblo de Saint-Sauveur le dedica una placa conmemorativa que es colocada en su casa natal y que hoy día se conserva en el mismo lugar. Colette asistirá a este acto pero sin bajar del coche. Esto fue duramente criticado por parte del pueblo pero para mí tiene una explicación que podría justificar esa actitud: su artrosis de cadera que ya entonces estaba muy avanzada y que

le impedía poder moverse. Para mí fue injusta la reacción del pueblo de Saint-Sauveur y así lo manifiesto. Colette amó su lugar de nacimiento por encima de todo y sin embargo a la hora de su muerte no fue enterrada allí. Todavía en aquella época la reputación de Colette no era aceptada por la gente de su pueblo. Pienso que el haber podido quedar en su tierra que la vio nacer, habría sido el mejor premio que Colette merecía pero no pudo ser así. Esta mujer entrañable estaba destinada a descansar tras la muerte lejos de su «paradis perdu».

BIBLIOGRAFIA

COCTEAU, J.: «Colette». Grasset.

FORESTIER, L.: «Chemins vers «la Maison de Claudine» et «Sido»». Notes pour un étude. Société d'Édition d'Enseignement Supérieur. Paris, 1968.

GOUDEKET, M.: «Près de Colette».

JOUVENEL, B. de: «La vérité sur Cheri». Edit. «La Pléiade», t. II.